

vino Euclides en todas las matemáticas. Allende un Dios criador y conservador de todas las cosas; allende un Verbo y un Espíritu Santo; allende la Trilogía y la Trinidad Divinas; allende la Providencia en la Historia y en la tierra; allende la espiritualidad y la inmortalidad del alma en el hombre; allende la moral del sermón de la Montaña, y allende la libertad, la igualdad, la fraternidad en los pueblos y en los individuos; allende todo esto, no hay, no puede haber una revelación más alta; no hay, no puede haber un progreso más lato, porque todos esos principios morales y religiosos resultan, al fin y al cabo, tan evidentes como los principios matemáticos. Lo que se necesita es una Iglesia que no contradiga sistemáticamente la ciencia; que no haga del sacerdocio y sus misterios sublimes el privilegio sublime de una casta; que no condene las sociedades humanas á vivir bajo el estrecho círculo de las antiguas coronas; que no trabaje por la servidumbre intelectual, y no convierta en seres mecánicos los hombres libres, ni en ergástulas tenebrosas los altares; que no excomulgue á las democracias modernas, las cuales, al fundar la República y al traer los derechos naturales y al elegir sobre las cimas de los Estados la libertad religiosa, no hacen más que llevar á la vida social y política las máximas del Evangelio. En el fondo íntimo de todas las Iglesias cristianas se halla una idealidad y una doctrina común, lo cual puede servir de base á los futuros templos de Dios, á quien adorarán las generaciones emancipadas. Es más; así como los pueblos cristianos han proclamado la paz internacional en materias religiosas y han puesto la libertad de cultos al frente de las Constituciones modernas, las Iglesias cristianas anudarán con el tiempo una federación estrechísima y cordial antes de llegar á la unidad indispensable. La Iglesia que se oponga con cualquier menguado interés á tal progreso, quedará destruida y arrollada. Si el Cristianismo recibió todas las ideas semíticas encerradas en la Biblia, y todas las ideas arias encerradas en los Vedas; si pudo tomarle al mazduismo prácticas de su liturgia, en otro tiempo consideradas como hechicerías y quiromancias; si para comunicarnos con Dios copió el Verbo y el espíritu de las escuelas alejandrinas; si le plagió á Roma sus Pontífices y su jurisprudencia; si á Grecia su inspirado helenismo; si el Aristóteles de los árabes pasó á la suma de sus teólogos; si toda la metafísica antigua llegó por sus padres griegos y latinos á ser como el comentario de sus libros dogmáticos y religiosos, no hay que dudar, recibirá en lo porvenir la ciencia, la filosofía, las revelaciones astronómicas del Cosmos, los adelantos de la fisiología y del naturalismo, los derechos fundamentales humanos, la libertad y la igualdad en toda su fuerza, llenando así con su esencia los abismos del espíritu, como las aguas derretidas de las nieves, arrastradas por los ríos y por los torrentes, caídas de las nubes, impulsadas por los declives de la tierra, llenan con sus ricos caudales y sus agitadas ondas los abismos del mar. Las sectas cristianas, que han querido guardar á Cristo muerto en las estrecheces de su liturgia, se parecen á las pobres mujeres judías que buscaban á Cristo en el sepulcro de Jerusalén, cuando Cristo había re-

suscitado, por haberse convertido en la luz viva del espíritu. El Cristo que habéis querido enterrar, escribas y fariseos, en los potros del tormento, en la ergástula del esclavo, en la horca del castillo, en los tronos de las castas, ha resucitado en la razón libre y en la democracia progresiva y en los derechos humanos y en la República universal. Compadecemos á las Iglesias que no comprendan esta metamorfosis, porque, ciegas hoy en sus supersticiones, mañana se verán destruidas en el mundo y abandonadas del espíritu, que así lo ha dispuesto el movimiento eterno de la idea religiosa.

No lancemos conjuros religiosos á la revolución, porque la revolución es eterna. El individuo duda, y la humanidad afirma; el individuo falta, y la humanidad es immaculada; el individuo yerra y la humanidad acierta siempre; el individuo vacila, cae, y la humanidad se mantiene firme; el individuo retrocede y la humanidad progresa; el individuo es irreligioso muchas veces, y la humanidad no ha cesado ni un punto de comunicarse con Dios en esta ó en la otra forma; el individuo muere, y la humanidad es inmortal. Por eso de cada uno de los siglos en que la humanidad ha vivido, se levanta un cántico inmortal que inspira, como los ecos del órgano bajo las bóvedas de una catedral gótica, vivo sentimiento religioso. Bendecidlos, bendecid conmigo todos los siglos. Así como en la gran química de la naturaleza nuestro cuerpo está formado de todas las sustancias de la tierra, en la gran química de la historia, nuestro espíritu está formado de todas las ideas de los siglos. Bendecidlos, pues, bendecid todos los siglos. Bendecid las edades prehistóricas, porque fueron vuestra cuna; bendecid las tribus, porque fueron vuestras madres; bendecid las teocracias, porque afirmaron el primer sentimiento religioso en el corazón humano; bendecid los pueblos heroicos y los pueblos trabajadores, porque los unos os hicieron dueños de la sociedad y los otros dueños de la naturaleza; bendecid los filósofos, porque abrieron vuestra razón á lo infinito é hicieron oír al espíritu la voz de la conciencia; bendecid los conquistadores, porque con sus espadas borraron las fronteras y unieron las razas; bendecid el siglo primero, porque fué el siglo en que cimentada la unidad humana por la guerra, y la unidad divina por la revelación, se dieron un abrazo inmortal en el seno de vuestro espíritu; bendecid el siglo segundo, porque convirtió todas las ideas en el derecho que aun guarda el paraíso de vuestro hogar; bendecid el siglo tercero, porque unió la razón y la fe separadas en toda la historia; bendecid el siglo cuarto, porque llenó con los efluvios de la idea divina toda la conciencia; bendecid el siglo quinto, porque con mano fuerte, grabó sobre las ruinas la idea sagrada de vuestra personalidad; bendecid el siglo sexto porque completó la idea germánica de vuestra personalidad con la idea social del catolicismo; bendecid el siglo séptimo, porque os trajo en sus alas con el soplo del Oriente un recuerdo de los primeros días de la creación; bendecid el siglo octavo, porque es el siglo de nuestro Renacimiento y por consiguiente de nuestras glorias nacionales; bendecid el siglo noveno, porque fortificó la idea de vuestra personalidad con el feudalismo.

mo; y el décimo, porque el hombre vuelto en sí se reconcilió con la naturaleza sin separarse de Dios; y el undécimo porque confirmó la idea social con el pontificado, y el décimosegundo, porque creó los municipios sobre los cuales dejó el siervo del terruño sus cadenas; y el décimotercero, porque inspiró esa poesía cuyos tipos aun sostienen el heroísmo en todos los pueblos; y el décimocuarto, porque fundó las nacionalidades, condición necesaria de la patria; y el décimoquinto, porque os hizo dueños del planeta; y el décimosexto, porque os hizo dueños de vuestra conciencia; y el décimoséptimo porque os hizo dueños de vuestra razón; y el décimooctavo, porque os hizo dueño de vuestro derecho; bendecid toda la historia, porque es el génesis inmortal del espíritu, pero bendecid sobre todo á Dios, porque es el alma, la vida, la razón y el movimiento de toda la historia. Las sociedades humanas oscilan como el péndulo entre movimientos regresivos y movimientos progresivos. Los movimientos progresivos son como el flujo en la mar; los movimientos regresivos son como el reflujo. Pero si oscila el orbe social en una grande analogía con la materia y con la fuerza, está sujeto también á transformaciones perdurables y en estas transformaciones triunfa siempre aunque á la larga, el humano progreso. Murió Roma. Mientras sirvió al progreso, mientras sirvió á la libertad, el mundo entero fué su tributario. Esta unidad absorbente, esta unidad incontrastable fué rota porque era necesario que apareciese la idea de personalidad. Así va el mundo. Así los poderes más altos se derrumban. Así los seres más humildes se exaltan. Así se cumple la ley maravillosa del progreso. Adoremos estas dos palabras: Dios y libertad.



CAPÍTULO SEGUNDO

La Convención.

o suelen los historiadores compaginar la mente religiosa de los siglos, con la mente política. En el capítulo precedente contemplamos el estado religioso de nuestra edad; en este capítulo vamos á contemplar la raíz ó germen del estado político. Y como esta raíz ó germen se halle «según consentimiento universal» en los convencionales, vamos á estudiar la Convención. Desde que se congregaron los Estados generales en 1789 y se convirtieron en asamblea constituyente. Francia se gobernó por el régimen parlamentario, combinado unas veces con la monarquía y otras veces de la monarquía desasido. Varias ideas capitales poseyeron á la grande nación en fines de la décimaoctava centuria. Fué una de estas ideas la monarquía, próspera, paternal, que trocaba los Reyes en verdaderos patriarcas atentos al bien y progreso de sus pueblos. Esta idea nexo entre la monarquía tradicional y la monarquía parlamentaria, fué representada en Francia por el gran estadista y filósofo Turgot, quien quiso hacer desde arriba todo el bien que luego hicieron las revoluciones desde abajo. La empecatada compleción de la monarquía tradicional no le permitió realizar sus planes, que una vez frustrados, abrieron paso á la segunda idea que dominó en este tiempo, á la idea de una monarquía parlamentaria. Generada por Montesquieu esta idea, trascendió á las altas clases, las cuales suspiraban por una representación parlamentaria, como la que gozaron largos siglos sus afines en Inglaterra, y amén de las altas clases, trascendió á lo más selecto y más ilustrado y más liberal de la nueva clase media. Pero así como